

Jardines del Buen Retiro.—LA KERMESSE

De La Ilustración Española y Americana

LA SEGUNDA MADRE

Despertó á media noche, muerta de miedo,
soñando que un fantasma, con paso quedo,
á su lecho indefenso se aproximaba
y echándola los brazos se la llevaba...
¡Virgen santa, qué susto!... Por un instante
no se atrevió á moverse, luego anhelante
se alzó con mucho tiento, sin meter ruido...
En torno suyo estaba todo dormido,
sus otras camaradas las huérfanitas
descansaban serenas en sus camitas;
pero el farol, escaso de combustible,
hacía un parpadeo lento y terrible,
y la pobre muchacha, bañada en llanto,
se tapó hasta los ojos, llena de espanto.
Oyó una voz de pronto que la decía
con un arrullo tierno ¡duerme hija mía!...
y cerca de su rostro vió en su ansia loca
de la madre Marcela la blanca toca,
á la par que sentía sobre su frente
caer un dulce beso muy dulcemente,
que luego que tranquila tornó al reposo
le trajo el beso amante soñar hermoso...
que á su madre el mal sueño la refería,
y ella desde la gloria la respondía:
al niño á quien su madre la muerte arranca
le da Dios esas madres de toca blanca!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

CARTA ABIERTA

Sr. D. José del Castillo y Soriano

MI DISTINGUIDO AMIGO:

*Esurientes implevit bonis:
et divites dimisit inanes.*

Nunca vi á Ud. en más noble ocupación que ahora, pidiendo para el ALBUM DE LA CARIDAD; aunque para ello no anduvo muy acertado al llegar hasta mí con su petición.



Para acto tan benéfico y pedido por Ud., ¿quién puede negarse?

Allá va esta carta, con las historias de algunos artistas que se relacionan con la caridad. Extracte de ella lo que

pueda para el ALBUM de los pobres, y no olvide que la Caridad es un principio de rectitud que nivela, en el fiel de la balanza de Astrea, las irregularidades sociales; por eso San Agustín decía: «En donde no hay caridad no puede haber justicia.»

* * *

Hacia el último tercio del año 1868, en el período culminante de la revolución, quedaron paralizados los teatros, y esto hizo que las economías que pude reunir como artista, *económicamente* las distribuyese para hacer frente á la situación que de cerca me amenazaba; así es que reduje mis gastos extra á la exigua cantidad de una peseta, mitad de ella para cigarros y la otra mitad para cerveza, y huyendo de algún *sablista* me encaminaba todas las tardes al antiguo *café de la Vizcaina*, donde á solas, en una apartada mesa del interior, hacía provisiones de tabaco para el día y tranquilo desalojaba de la botella la infusión de lúpulo y cebada. Pero llegó un día en que no pude estar solo; mi amigo X***, poeta muy conocido, de nobles y puros sentimientos, descubrió mi paradero y sentándose á mi lado, le ofrecí un vaso de..... pero el camarero, muy solícito, se interpuso preguntando: ¿Qué desea?—Un café... con media tostada, contestó mi amigo, y dirigiéndome una mirada de gratitud, dijo: Pagaré el convite contándote alguna historia artística que te distraiga.

—Vaya en gracia de Dios, dije para mí. La aparición de mi amigo X*** me imposibilitó de pedir los cigarros de costumbre para pagar el café, y este día me impuse el sacrificio de no fumar; pero me entretuvo contando episodios de artistas eminentes que han ejercido actos de caridad de un modo original y como sólo pueden hacerlo los grandes genios.

Contóme, entre otras, la historia de *Salvator Rosa* y de una de sus obras que le dió honor y gloria, aunque los productos materiales fueron para la Galería de Teatros.

Salvator Rosa fué un celebre pintor, de carácter humorístico, como la generalidad de los artistas, y, como todos, también muy humanitario.

Cierto día halló á su paso un pobre anciano que imploraba limosna. El famoso pintor se detuvo con ánimo de socorrerle, pero en sus bolsillos no halló moneda alguna con qué hacerlo: en tal situación se le ocurrió la idea de llevarlo al *restaurant* donde el solía comer, y allí le hizo servir un cubierto. Mientras el pobre anciano devoraba las viandas, el gran pintor le retrató: al terminar el mendigo de saciar su voraz apetito el pintor ya tenía concluido y firmado su dibujo, que entregó al desvalido, al despedirse, para que lo vendiese; pero el pobre estimó tanto la dádiva, que desde entonces aparecía con su valioso retrato en un marco colgado del cuello, y excitando la caridad y la atención de los conocedores é inteligentes, aumentó de día en día la fama del pordiosero y los curiosos acudían á ver el parecido de su efigie, provistos del piadoso óbolo. Tal popularidad y renombre adquirió el pobre con su retrato, que llegaron á ofrecerle por éste fuertes cantidades, y nunca quiso enajenar aquel precioso talismán, con el que acabó por hacerse rico. Muchos años transcurrieron, y una hermosa joven hizo que la retratase el famoso pintor, entregándole por el lienzo una enorme suma, que el artista rechazó aun después de saber el secreto de aquella opulenta dama, que era nieta del pobre á quien Salvator hizo rico con un retrato.

* * *

Al día siguiente y al otro y después al tercero, apareció en el café, á mi hora, en busca de la tostada, el amigo X***, con su repertorio de historias. En una de estas sesiones contóme la de la famosa artista española la Malibrán, que yendo una noche á pie al teatro de la capital de Prusia, oyó cantar en la calle á una ciega que imploraba la caridad, y excitó su compasión hasta el punto de sustituirla entonando una de sus arias favoritas y reuniendo bien pronto un numeroso auditorio que premió á la ilustre artista con atronadores *hurras* y aplausos. La Malibrán, al terminar su canto, pidió limosna á sus admiradores, logrando una buena suma, que entregó á la pobre desvalida.

La célebre artista nos enseñó con su generoso rasgo á practicar la caridad como debe ejercerla toda alma grande, pues como *Wolowski* dice, con harta razón, «la caridad que sólo se insinúa por medio de la limosna, es una especie de régimen protector de la miseria.»

Aquella noche tuvo en el teatro una ovación ruidosísima la caritativa artista, y el mismo Rey de Prusia, sabedor de que no se ocupó la Malibrán de pedir el carruaje para su regreso, le ofreció el suyo, en el que fué conducida á su hotel entre el público que la vitoreaba, y en esta ocasión el soberano dió orden á sus guardias para que al pasar la Malibrán se le hiciesen honores regio.

* * *

Historias me contó X*** parecidas, en las que han recibido el premio por su original caridad muchos artistas, desde la más remota antigüedad hasta nuestros días.

Marco Antonio dió los tributos de tres naciones á Anaxenor, gran citarista, de quien se apasionó no tanto por su habilidad como por sus actos humanitarios.

Vespasiano enriqueció á Diodoro y á Tarpeyo por iguales razones.

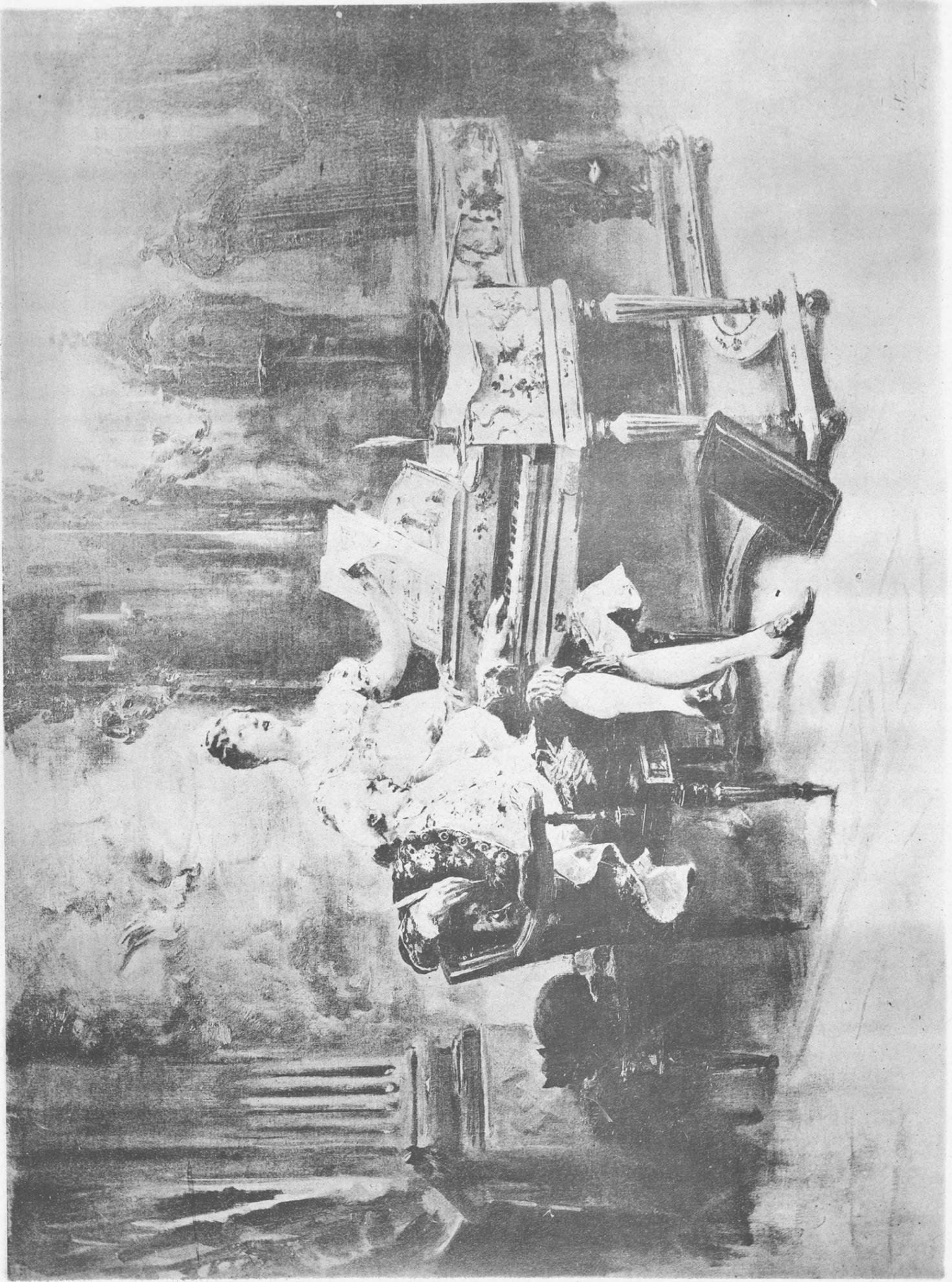
Más modernamente, por los años 1567, Alberto, Duque de Baviera, premió á Orlando Laso, su maestro de capilla, con grandes honores y nobleza que consiguió del Emperador Maximiliano II.

Lupo, maestro de capilla en 1430, mereció del Senado de Florencia una estatua de mármol por su espíritu de caridad y su amor á la patria.

Antonio Cabezón, organista y músico de cámara de Felipe II, debió su posición y las consideraciones del Rey á haber ejercido un acto piadoso del que tuvo noticia el Monarca. Murió en 1566, y fué sepultado en San Francisco de Madrid, mandándose poner sobre su sepulcro una inscripción alusiva á su piedad.

Es de todos conocido el episodio del pobre violinista ambulante que al oírlo tocar sin fruto, el célebre Paganini le tomó el violín, y después de haber causado la admiración del auditorio con sus dulces sonidos y sentidas vibraciones, recogió limosnas para el pobre colega.

Del gran tenor Tamberlik recordó que estando una tarde en el atrio de la Zarzuela de Madrid (yo estaba presente) recibió una tarjeta del Conde de J... recomendando al portador para que le hiciese una caridad, pues conocía su espíritu humanitario. Tamberlik mandó al recomendado por el Título, pasar á la contaduría, dando orden á D. Antonio Lamadrid, que era el contador, para que le diese su sueldo del día, el que le fué entregado en el acto, saliendo el pobre lleno de emoción á dar las gracias á su bienhechor: éste á su vez tenía escrita otra tarjeta para el linajudo tí-



LECCIÓN DE CANTO, por Alejandro Ferrant

tulo, en la que le decía: «He socorrido con relación á mis fuerzas al pobre que V. E. me recomienda, y le ruego que con relación á las suyas haga la caridad de socorrerlo á su vez.» Por este procedimiento, entre el titulado Conde de J... y el tenor Tamberlik hicieron feliz á aquel desgraciado.

Habló también mi amigo de los beneficios que en los teatros se dan á favor de los desgraciados, así para sociedades benéficas como para particulares, en los que dejan sus sueldos, trabajando gratis, hasta los empleados más humildes, algunos tan necesitados como los mismos á quienes socorre.

¡Qué hermoso es el goce que da la Caridad! ¡Quién pudiera ejercerla á cada paso!

Sobre esto discurríamos, y sobre el mármol de la mesa donde éramos servidos vi unas estrofas escritas á la caridad que mi amigo distraídamente había copiado. Yo, en un momento, les

puse música, y allí quedó escrito en el mármol con lápiz hierro un himno á la caridad. Una pobre madre con dos niños llegó á pedirnos limosna; ninguno la pudimos socorrer. Los dos tuvimos el recuerdo de lo que valía la firma de Salvador puesta sobre un lienzo. ¡Ah! Si algo valiese nuestra firma puesta sobre este himno, con qué orgullo lo copiaríamos para dárselo, pero ni la música ni la firma desgraciadamente valían nada.

Así me entretuvo mi amigo X*** tres días muy deliciosamente, con sus nobles impulsos y con sus interesantes relatos, bendiciendo siempre la caridad; pero no pudiendo continuar más auxiliándole á costa de mis privaciones, trasladéme á otro café más retirado, y cuando ya me creía libre de mi piadoso amigo y de sus caritativas historias, que en momentos entristecían mi alma, la casualidad hizo que al salir de mi escondite, y ya en la calle, encontrase á mi poeta, que de café en café iba en mi busca.

—¡Gracias á Dios! dijo; al fin te encuentro: creí no hallarte hoy, cuando más que nunca te necesito, para que me des los dos reales que habías de gastar en convidarme; y no me preguntes, no pretendas saber más, porque si pretendieses penetrar en mi secreto, yo, que conozco tu corazón, que veo tus nobles sentimientos, sé que te habías de sacrificar por darme mucho más de lo que te pido, y no quiero abusar de tu noble espíritu diciéndote para qué los quiero.—No puede ser, le contesté; es imposible; no tengo un cuarto.

Insistió en su petición con decidido interés, con verdadero afán, cubriendo con sentidas frases su misterioso deseo, hasta que se convenció de que no conmovía mi inquebrantable fuerza de voluntad, y de que sus palabras no llegaban á herir las fibras del sentimiento.

Cuando se hubo persuadido de que ninguno de sus medios obtenía más que la misma cruel negativa, dijo: «Lo siento por ti, pero te anuncio que te costará mucho más de lo que te pido. Ven conmigo.» Y me condujo al final de la calle del Salitre hasta una casucha de pobre aspecto; subimos á la guardilla, atravesando unos pasillos donde nos salían al paso algunos niños en camisa y otros completamente desnudos, que nos miraban con asombro; llegamos al fin á la última puerta, que parecía ser la de un palomar.

—Este es mi cuarto, dijo muy bajito; entremos sin hacer ruido para no despertar á mi pobre madre que la dejé dormida, después de haber pasado una noche horrible de dolores.

¡Qué cuadro tan triste se presentó á mi vista, al ver una pobre anciana dormida sobre un jergón y cubierta pobremente en un extremo de aquella destartada guardilla!! ¡Difícil era asegurar si dormía ó si estaba atargada por la anestesia que le causaban los narcóticos con que su hijo creía calmar sus crueles dolores, enmudeciendo así sus quejidos!

En otro rincón había un barreño, que pudo haber tenido alguna vez fuego; á su lado una cesta rota, en la que hubo carbón; una tabla colgada en la pared á especie de vasar, contenía unos libros, una palmatoria de barro llena de sebo derretido, unos tarritos vacíos que sirvieron á aquel buen hijo para los lenitivos que debieran calmar los acerbos dolores de su pobre madre; una estampa de la Dolorosa y un rosario sostenidos por un clavo en la pared, y sobre una mala mesa de pino, unas cuantas cuartillas escritas. ¡Quién puede saber si los pensamientos trazados sobre aquellos papeles serían quizá bastantes para enriquecer al editor! Un par de sillas desvencijadas y un pedazo de estera completaban el mobiliario que guardaba aquel cuartucho de bajo techo y en declive que obligara á sus moradores á vivir en él con la cabeza inclinada.

Esta era la mansión que servía de albergue al talento de aquel pobre vate. ¡Quien lo viera en los saloncillos de los teatros tan gallardo y joven, dando envidia su esbelta figura á los galanes que representaban sus obras, y que en el público producían fanatismo, cómo había de pensar que en aquel destartado desván, entre la extrema pobreza y los ayes quejumbrosos de una moribunda anciana, estaban inspiradas aquellas sublimes producciones!

Estas ideas cruzaron por mi mente, fijándome en la figura de mi amigo, que al lado de su dolorida madre observaba con qué dificultad se producía la respiración. Estaba abstraído completamente de mí, y lo saqué

de su abstracción al preguntar ¿quién puede traer lo necesario ahora para tu pobre madre?

—¡Quién! Y queriendo erguirse para dar más valor á su contestación, olvidó lo bajo de aquel techo para tan alta figura, y tropezando su noble cabeza en él, exclamó lleno de orgulloso acento: ¡Quién lo ha de traer! Para mi madre no hay más servidor que yo.

Tomé entonces el cesto y los frasquitos, obligándole á seguirme hasta la tienda de comestibles que hay frente á la iglesia de San Lorenzo, esquina á la calle del Salitre. Allí hicimos provisiones de cuanto hubimos menester, dejando para garantía del pago mi relojillo de oro, que aceptó el comerciante, ofreciéndome dos duros más si los necesitaba. Acepté su oferta y se los entregué á mi amigo para lo que luego le pudiera faltar, despidiéndome de él, no sin que antes me hubiese recordado aquellas palabras: «Bien te anuncié que te iba á costar más de los dos reales que te pedía.»—¡Ah! no, le contesté; estoy mucho más satisfecho así, admirando lo bueno que eres.

—¡Dios te bendiga! fué la palabra que emocionado, apenas pudo articular para despedirme.

*
* *

En la noche de aquél día se celebraba en la Tertulia Progresista (calle de Carretas, donde hoy está la Unión Mercantil) una gran velada para oír el estreno de un himno que escribió el maestro Arrieta, y que en unión de otros artistas yo debía cantar. Fui un poco antes de la hora y pasé á esperar en uno de los salones, donde estaba jugando con otros señores Don Adelardo López Ayala, que á la sazón era Ministro de Ultramar. Al verme, saludóme como siempre, diciéndome:

—¡Hola! joven de la barba-cana, porque canas tenía mi barba desde joven, por esta razón me hacía este saludo, jugando el calambur.

Aquella libertad que usó conmigo hizo que me permitiese yo otra con él: «Señor Ministro, le dije. suspenda el jugar por un momento para oírme un secreto que tiene importancia.» Como no podía esperar que un hombre tan humilde se permitiera obligarle á interrumpir su distracción, quedó sorprendido y suplicó á sus compañeros de tresillo que prescindiesen de él, mientras prestaba atención á la historia de nuestro común amigo el poeta, su colega. También le describí el triste cuadro que aquella tarde presencié y que oyó con sumo interés. «No soy yo, terminé diciendo, quien debe pagar en adelante las tostadas ni las medicinas. Ud. está en posición de poder remediar tantos males, y creo que así lo hará; yo no puedo más.»

—Mañana, me contestó, quedará cambiada la situación de nuestro amigo; nada debe Ud. contarle para que no se avergüence; guarde, pues, de esto el secreto.

Llamaron al salón, donde se empezaron los discursos, y en él vi á todos los prohombres de la situación: tenía la palabra Asquerino, que terminó su perorata con aquella frase que él puso en moda de «Ó todo ó nada.»

Después habló Olózaga, el de la famosa «Salve», entre sollozos que la emoción no le permitía contener.

A la tarde del siguiente día, y en el café de costumbre, se apareció mi amigo X***, que, loco de alegría, exclamó: «Mira (enseñándome un pliego); hay Providencia, hay Providencia: mi amigo Ayala me manda esta credencial empleándome en Ultramar. Dios te bendiga, dije ayer; hoy extendiendo la idea: Dios os bendiga, diré.»

—No, repuse yo; di siempre bendita sea la Providencia divina.

El camarero llegó á servirnos y quiso concluir de borrar los fragmentos del himno á la Caridad que aún quedaban inteligibles desde días antes grabados en el mármol de la mesa, y como un recuerdo de los ratos que allí pasamos juntos. Copiamos nuestro himno y lo dejamos borrar.

Desde entonces pasaron algunos años, en los que ambos hemos viajado, él por Filipinas y yo por las Américas del Sur, sin ocuparnos ya más el uno del otro.

A mi regreso á España, y largo tiempo después, llegó á mis manos una esquila de defunción, por la que supe que mi amigo X*** había muerto santamente.

Aquella esquila quedó entre mis papeles sin haber vuelto á pensar en ella; pero hoy, queriéndolos ordenar, he hallado envuelto en ella aquel himno á la Caridad que, como recuerdo, copiamos de la mesa del café. El, y la esquila, han sido la causa de esta larga carta que hoy dirijo á usted para que extracte de ella (si llega á tiempo) lo que crea que puede aprovechar para el ÁLBUM DE LA CARIDAD.

Hasta aquí llegó el secreto que me impuso Ayala; ahora que ya Ud. lo sabe, de Ud. pende el que lo sepa el mundo.

Lejos estaba de pensar que aquel himno, al que nunca di valor, había de servir al fin para una idea en pro de los pobres.

No debiera firmar esta carta, porque como me he personalizado en ella, pudiera parecer que olvido la máxima de «Que no sepa la una mano el bien que hizo la otra.»

Bien sabe Ud. que lo quiere tanto el autor cuanto lo respeta por su talento y por sus nobles propósitos.

Madrid 5 de Febrero de 1895.

FRANCISCO SOLER.

